

Meditaciones filosóficas sobre el instante del salto

Yésica Rodríguez (UNGS)

¿Quién escribe estas palabras?¹

Para empezar una reflexión sobre el *por qué* de enseñar filosofía es necesario hablar de quién es quien piensa y responde. ¿Qué piensa sobre la filosofía? ¿Qué es para ella enseñar? ¿Quién es la persona que escribe?

Quien escribe reflexiona y se piensa para poder responder a esto.

¿Será que es lo mismo enseñar filosofía que producir filosofía?²

El interrogante resuena fuertemente. Para enseñar es necesario en primer lugar saber algo. Enseñar algo es de algún modo descubrir. Enseñar es quitar el velo, hacer aparecer.

Para poder enseñar, primero hay que aprender. Pero, ¿qué se enseña?

Retrocedamos y hagamos que la pregunta se haga más fuerte.

› *¿Qué es la filosofía?*³

La filosofía es el mismo interrogar por la pregunta. Ya en el preguntar mismo, preguntar por el *qué* es también preguntar por el *por qué* se pregunta, por el *cómo*, por el sentido de la pregunta.

¹ “El comienzo de la elaboración crítica es la conciencia de lo que realmente se es, es decir, un conocerte a ti mismo como producto del proceso histórico desarrollado hasta ahora y que ha dejado en ti una infinidad de huellas recibidas sin beneficio de inventario. Es preciso efectuar, inicialmente, ese inventario.” (Gramsci, A., *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Buenos Aires, Editorial Nueva Visión, 2008, p. 8).

² “Es preciso destruir el muy difundido prejuicio de que la filosofía es algo sumamente difícil por ser la actividad intelectual propia de una determinada categoría de científicos especialistas o de filósofos profesionales y sistemáticos. Es preciso, por tanto, demostrar, antes que nada, que todos los hombres son filósofos, y definir los límites y los caracteres de esta filosofía espontánea, propia de todo el mundo, esto es, de la filosofía que se halla contenida, en el lenguaje, en el sentido común y en el folklore.” (Gramsci, A., *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Buenos Aires, Editorial Nueva Visión, 2008, p. 7).

³ «Pero, como se sabe, la pregunta “¿qué es la filosofía?” constituye un tema propio y fundamental de la filosofía misma, y no admite una respuesta única ni mucho menos. Es más, cada filosofía (o cada filósofo) responde a esa pregunta, explícita o implícitamente, desde su horizonte teórico [...]» (Cerletti, A., *La enseñanza de la filosofía como problema filosófico*, Buenos Aires, Editorial Libros del Zorzal, 2008, p. 15).

Y la respuesta se transita dentro del mismo interrogante. Se construye desde el mismo interrogar.

La filosofía nace con el asombro. Luego con la duda y así va obteniendo respuestas, que van construyendo nuevos interrogantes. La filosofía es por lo tanto la pregunta misma, que se va construyendo a sí misma, es un preguntar. “En sentido estricto, el preguntar filosófico no se detiene nunca, porque el amor o el deseo de saber (la *filo-sofía*), para un filósofo, nunca se colma.”⁴

› ***¿Se puede enseñar la pregunta?***

Muchos se han preguntado, ante el asombro y ante la duda. La filosofía desde sus orígenes y a la inversa hacia el origen, ha compilado millones de respuestas. Y así muchas más preguntas que se adosan a la larga lista filosófica.

Reflexiones, meditaciones, soliloquios, escritos solitarios, castillos, monasterios, pueblos, han sido el hogar del quehacer filosófico. Una pregunta casi silenciosa que hablaba en lo más interior de cada pensador. Y por otro lado, extensos libros, academias, ágoras, aulas, ponencias, universidades. Sea cual fuere el contexto, la pregunta, su modo de formulación, su modo de presentarse, en cada uno tiene un modo particular de poder ser mostrado, enseñado o develado.

“Estimamos que, más allá de que se explicita o no, lo que se considere que es filosofía debería tener algún correlato en la forma de enseñarla.”⁵ Como también ese correlato debería estar en la posición de no querer enseñarla (en el caso de ser posible).

Schopenhauer planteaba la oposición entre profesor de filosofía y el filósofo. Para él enseñar filosofía era una tarea degradante y aunque el filósofo se viera necesitado a enseñar, la tarea resultaba para este un estorbo una pesadumbre.

“[...] desde siempre, muy pocos han sido los filósofos que fueran también profesores de filosofía y, proporcionalmente, todavía menos los profesores de filosofía que fueran también filósofos. Podríamos decir, en consecuencia, que, al igual que los cuerpos idioeléctricos no son conductores de la electricidad, los filósofos no son profesores de filosofía. En verdad, para el que piensa por sí mismo esta tarea le estorba casi más que cualquier otra.”⁶

Valoraba, la postura de Kant, quien enseñaba filosofía pero no su propia filosofía sino la de otros. Aunque, según Schopenhauer el *deber enseñar* hacía que Kant perdiese el tiempo que podría dedicar a la investigación filosófica.

⁴ Cerletti, A., *La enseñanza de la filosofía como problema filosófico*, Buenos Aires, Editorial Libros del Zorzal, 2008, p. 24.

⁵ Cerletti, A., op. cit., p. 18.

⁶ Schopenhauer, A., *Sobre la filosofía de Universidad*, citado en: Obiols, G., *Una introducción a la enseñanza de la filosofía*, Buenos Aires, Editorial Libros de Zorzal, 2008, p. 71.

“[...] sólo añadido aquí que la filosofía de Kant habría sido más gran-diosa, más enérgica, pura y bella, si él no hubiese ejercido el profesorado. No obstante, de un modo muy sabio, Kant hizo todo lo posible para separar al filósofo del profesor, puesto que jamás expuso en clase su propia doctrina.”⁷

Esta postura del “mal menor” es también asumida por el francés Étienne Gilson, quien dice que mientras un profesor enseñe no puede hacer filosofía, ya que esta “distracción” no le permite filosofar. Además ve a la docencia como una profesión, que requiere que el profesor sea un empleado eficaz y no un gran teórico.

Igualmente, no enseñar lo propio produce una primera distinción entre: *profesor de filosofía* (quien enseña contenidos de otros) y quien enseña y hace filosofía porque enseña lo de otros y lo propio, *el filósofo*. Son los casos de: Platón, Aristóteles o Hegel.

Aun así, Kant al enseñar “lo que otros pensaron” y no su propia filosofía. ¿No estaba enseñando la pregunta?, ¿no estaba haciendo filosofía?

Sabemos que Kant tenía un modo de vivir y un modo de pensar la filosofía. Enseñar el pensamiento antecedente a él, es parte de su modo de hacer filosofía. No necesariamente porque no expusiese su propia filosofía en sentido de su corpus teórico, significa que no esté haciendo filosofía cuando está enseñando en el aula.

Vemos así que quienes piensan como Schopenhauer podrían estar dejando de lado, el acto de *descubrimiento* que ocurre entre el filósofo que enseña, sea conciente o no, de lo que enseña, sea o no su propia filosofía o la filosofía de otros. Algo pareciera estar oculto en ese acto, el de la postura del profesor de filosofía, su desde *dónde* habla, y las preguntas que se suscitan, es decir la generación de asombro, es decir la filosofía.

El propio Kant, reconoce a una distinción interesante y coherente en su modo de abordar el conocimiento: la filosofía es una idea de ciencia posible que no se da en ninguna parte en concreto. Se pregunta: ¿Dónde está? ¿Quién la posee? La filosofía no se aprende. Pero es posible aprender a filosofar, es decir pensar por cuenta propia, señalar alcances y limitaciones, hacer crítica de los intentos filosóficos existentes.

Descartes sostenía que el acto de haber leído a Platón y Aristóteles no nos lleva a ser filósofos. Debemos poder dar un juicio sólido, tomar una postura al respecto de lo leído sino seremos tan sólo contadores de historias, de cuentos. Reproductores mecánicos de lo que otros han dicho. Tomar posición requiere fundamento y del fundamento deviene el aprender a filosofar, que se distingue del contador de cuentos que aprendió contenidos de filosofía.

José Gaos propone que para aprender algo, cualquier cosa que sea, no hay mejor forma de aprender que poniéndose a imitar, seguir al maestro. Verlo. Los hábitos necesarios se adquieren trabajando, no por pura información teórica. Esto también concierne a la filosofía.

⁷ Ibidem.

Como dijera anteriormente algo pareciera estar oculto en ese acto, el de la postura del profesor de filosofía, su desde *dónde* habla, y las preguntas que se suscitan, es decir la generación de asombro, es decir la filosofía.

Sobre esto, Alejandro Cerletti sostiene que el profesor de filosofía es un filósofo pero que es un filósofo que debe tomar la decisión de enseñar. Esa decisión implica construcción de didácticas propias y tomar partido (o no) de las posturas a las que se hace mención más arriba. Es una decisión filosófica.

› ***¿Quiénes, cómo y qué enseñan los profesores de filosofía?***

La filosofía nace con el asombro y encuentra su fuerza en la pregunta y por otro lado enseñar es descubrir algo, quitar el velo, mostrar.

“El filosofar se apoya en la inquietud de formular y reformularse preguntas y buscar respuestas (el deseo de saber). Esto se puede sostener tanto en le interrogarse del profesor o de los alumnos y los intentos de respuestas que se den ambos, como en el de un filósofo y sus respuestas.”⁸

El profesor de filosofía se ha encontrado ante el asombro. Toma una posición ante el mismo, se descubre, se pregunta. Se encuentra con la filosofía, desde donde tomara su punto de partida.

Quien se haya encontrado, alguna vez ante la pregunta es capaz de reconocerla, de reformularla, capaz de hacerla nacer, de hacerla consciente, de hacerla aparecer en otros, de guiarla. “La diferencia es que la filosofía ya no es conocimiento, o conocimiento del conocimiento. Es una acción.”⁹

Badiou, a propósito del marxismo Althusseriano, dice que el acto filosófico está siempre en la forma de una decisión, una separación, una distinción clara.

Está afirmación podría dar claridad a lo expuesto. La tarea del profesor de filosofía es hacer filosofía, puesto que la filosofía es una acción, un proponer nuevas visiones, una nueva creación intelectual.

Los profesores son intelectuales, pues la tarea docente no meramente instrumental o reproductiva, sino que es tarea intelectual e ideológica.

⁸ Cerletti, A., *La enseñanza de la filosofía como problema filosófico*, Buenos Aires, Editorial Libros del Zorzal, 2008, p. 31.

⁹ Badiou, A., “La filosofía como repetición creativa”, en *Acontecimiento*, XVII, 33-34, (2007), p. 3.

“Hay que insistir en la idea de que los profesores deben ejercer activamente la responsabilidad de plantear cuestiones serias acerca de lo que ellos mismos enseñan, sobre la forma en que deben enseñarlo y sobre los objetivos generales que persiguen.”¹⁰

Es decir, la tarea del profesor sería la de descubrir. Pero para poder develar, primero tiene que ser consciente de que algo está velado. La respuesta se ha de construir partiendo de una pregunta. Y quien cumple la función de ser quien debe, primero tiene que haberse preguntado. ¿Qué preguntas podrá hacer aquel que jamás se ha preguntado a sí mismo? ¿Qué podrá criticar aquel que jamás criticó lo establecido, aquel que no sucumbió ante el asombro?

“La verdadera función de la filosofía reside en la crítica de lo establecido. [...] La meta principal de esta crítica es impedir que los hombres se abandonen a aquellas ideas y formas de conducta que la sociedad en su organización actual les dictan.”¹¹

Sin embargo, la tarea del profesor no es la de un *moldeador* (en sentido de transferir ideología) de pensamientos críticos, ni partero de las ideas, ni mucho menos alguien que transfiera conocimientos que hagan surgir, por “arte de magia”, el amor por la sabiduría. Se trata de admitir el lugar de intelectuales de los profesores y, por qué no, de los alumnos.

“No hay actividad humana de la que se pueda excluir toda intervención intelectual, no se puede separar el *homo faber* del *homo sapiens*. Cada hombre, considerado fuera de su profesión, despliega cierta actividad intelectual, es decir, es un *filósofo*, un artista, un hombre de buen gusto, participa en una concepción del mundo, tiene una consciente línea de conducta moral, y por eso contribuye a sostener o a modificar una concepción del mundo, es decir, a suscitar nuevos modos de pensar.”¹²

En cierto sentido, el profesor será aquel que siembra el arte de la pregunta, de la crítica. Enseña el punto de partida para un camino que requiere de un *salto*.

“Enseñar filosofía, entonces, nunca tendrá garantías de que alguien «aprenda» a ser un «filósofo», al menos en el modo en el que el profesor lo *desea*. Lo que un buen profesor intentará hacer es crear las condiciones para que, tal vez, se dé un «amor»”.¹³

› **¿Quién es la profesora de filosofía que escribe?**

La filosofía es el *salto*. Es lanzarse hacia uno mismo. Es un volver a caminar hacia el origen, hacia la pregunta.

Sören Kierkegaard habla del *instante*¹⁴, como aquel acontecimiento donde lo infinito y lo finito se juntan. La paradoja existencial, en donde lo eterno acontece mientras transcurre

¹⁰ Giroux, H., “Los profesores como intelectuales transformativos”, en *Los profesores como intelectuales. Hacia una pedagogía crítica del aprendizaje*, Barcelona, Editorial Paidós, 1990, p. 9.

¹¹ Horkheimer, M., “La función social de la filosofía” en *Teoría crítica*, Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1990, p. 12.

¹² Gramsci, A., *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Editorial Nueva Visión, 2012, p. 13.

¹³ Cerletti, A., op. cit., p. 37.

¹⁴ “El instante es la dimensión temporal en la que se desarrolla el diálogo entre dos personas contemporáneas, pero que guardan una deferencia inconmensurable entre sí. El instante es el tiempo en

la finitud de la vida.¹⁵ La filosofía fue en mí un acontecimiento, un instante. En él, conmovida por las palabras fui arrojada a dar el salto, para adentrarme en el mar filosófico. En ese *mar*¹⁶ donde otros han volcado sus pensamientos, sus meditaciones, sus preguntas.

Quizás la filosofía sea ese instante donde todos los que hemos sentido la necesidad de eternidad y de búsqueda, nos hemos encontrado alguna vez, asombrados y dudosos ante el salto¹⁷. Y una vez allí, adentrados en este mar de paradoja, la función de todos, los que allí unidos formamos parte de este llamado amor por la sabiduría, tengamos la obligación de acudir a él para colmarlo de nuevas palabras, de nuevas preguntas, ayudando a otros a dar el salto.

Enseñar *algo* es quitar el velo. Enseñar filosofía es descubrir la pregunta que precede al asombro. Quien escribe estas palabras es una profesora de filosofía, que sabe poco, que ignora mucho, que ama, que quiere y no quiere, que se asombra y que duda., es alguien que *piensa*¹⁸, y porque piensa se pregunta. Es alguien que ha dado el salto, alguien que *apuesta*¹⁹.

Tal vez algún día alguien la escuche, quizás alguien lea sus palabras²⁰. Algún día alguien podría ser parte del acontecimiento.

el que se revelan no una sino dos personas: el que llama y el que responde al llamado.” (Cuervo, O., *Kierkegaard: Una introducción*, Buenos Aires, Editorial Quadrata, 2010, p. 77).

¹⁵ “El hombre, cuando advierte que no es un ente fijo y determinado sino un ser posible, se descubre a sí mismo no simplemente como lo que ya es sino como posibilidad. Por el contrario, cuando el ser humano se experimenta como una cosa determinada, se define: por medio de una identidad, una profesión, etc. [...]” (Cuervo, O., *Kierkegaard: Una introducción*, Buenos Aires, Editorial Quadrata, 2010, pp. 42-42). El hombre es una posibilidad arrojada al tiempo, es el salto que lo hace libre de ser quien es. (Véase, Kierkegaard, S., *La enfermedad Mortal*, Madrid, Editorial Sarpe, 1984, p. 36).

¹⁶ Idea inspirada en: «Como decía un ilustre profesor “Saber filosofía es como saber nadar en el mar... no se llega a ningún lado. No se nada en el mar para llegar a África, por ejemplo, pero, diferenciamos claramente entre quien no sabe y quien sí sabe nadar en el mar y apreciamos claramente a este último...» (Obiols, G., *Una introducción a la enseñanza de la filosofía*, Buenos Aires, Editorial Libros de Zorzal, 2008, p. 73).

¹⁷ “Pecar es ignorar. Ésta es, como se sabe, la definición socrática que, como todo lo que proviene de Sócrates, sigue siendo siempre una instancia digna de atención. Empero, este aspecto ha recorrido la misma suerte que otros muchos del socratismo y se ha sentido la necesidad de superar la ignorancia socrática... experimentando indudablemente la imposibilidad de mantenerse en ella; ¡pues cuántos serán capaces en cada generación de soportar, incluso un solo mes, esa ignorancia de todo, de poder expresarla por su vida misma!” (Kierkegaard, S., *La enfermedad mortal*, Madrid, Editorial Sarpe, 1984, p. 139).

¹⁸ Kohan no dice que el educador supone una concepción de aprender, enseñar y, además, presupone un modo en el que ambas se relacionan. Y, como esta relación entre enseñanza y aprendizaje supone pensar, además el educador supone una concepción propia de lo que significa pensar. Entiende que esta relación – Pensar, Enseñanza y Aprendizaje – es como un círculo que abre y cierra caminos, como un juego de fuerzas en el pensamiento, “un modo de ejercer el poder de y para pensar.” (Kohan, W., *Filosofía, la paradoja de aprender y enseñar*, Buenos Aires, Editorial Libros del Zorzal, 2008, pp. 12-13). Kohan reconoce que hay un llamado al profesor de filosofía para ejercer su práctica “a la Sócrates”: examinándose a sí mismo primero, para luego hacerlo con los demás.

¹⁹ « [...] Se había dicho: “yo seré libre”, o más bien no se había dicho nada, pero era eso lo que quería decirse y era una apuesta; había apostado que su vida entera se asemejaría a ese minuto excepcional. [...] Diez veces, cien veces, había reafirmado su apuesta. Las palabras cambiaban con la edad y con las modas intelectuales, pero eran una sola y misma apuesta.» (Sartre, J.P., *Los caminos de la libertad*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1977).

²⁰ Para Kohan enseñar filosofía exige también hacerla, practicarla, vivirla. Así Sócrates ayuda a pensar la no separación del filósofo y del profesor, del profesor y el licenciado; del investigador y el

Tal vez mi voz ayude a algunos a dar un salto.

› **¿Cómo es el aula para esta profesora?**

La enseñanza de la filosofía como descubrimiento, como forjadora de preguntas ante el asombro se plasma en el aula.

Un profesor como intelectual, como generador crítico, plantea sus objetivos, en la forma en que los plantea en el aula. En palabras de Gramsci, “Todos los hombres son intelectuales, podríamos decir, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales”²¹ El profesor tiene una función social, que se despliega en el aula.

Ayudar a generar asombro ante el mundo establecido, requiere que el profesor entienda que el asombro puede presentarse o no, de diferentes modos en los alumnos y en cada alumno en particular. Una vez aceptada esta *paradoja*²² de la enseñanza y el aprendizaje, como la llamara Kohan, el trabajo docente deberá centrarse en poder ser sensible a las opiniones y a las diferentes problemáticas e intereses de los actores de la actividad pedagógica. Asumiendo el desafío que la actividad filosófica presenta, el profesor como desocultador o *liberador*, deberá estar atento a escuchar a los alumnos y a la vez deberá presentar su hipótesis de mundo, su asombro de un modo claro a fin de poder reflexionar en conjunto con los alumnos sobre las posiciones tomadas.²³

Es claro que es el profesor el que realiza el recorte, el que selecciona los textos y los temas a explicar, esta no debería ser una selección ingenua, de curriculum predeterminado, por el contrario esta posibilidad de toma de postura por parte del docente es esencial para el trabajo dentro del aula. Dar el salto hacia la filosofía no puede ser inducido.

Yo, como profesora pretendo mostrar las preguntas que se han hecho, mostrar los temas, mostrar las respuestas que estos temas suscitaron, además pretendo enseñar mi asombro, mis dudas, mis preguntas y mis respuestas, y deseo que los alumnos puedan expresar también las suyas. De este modo si los jóvenes han de dar el salto, allí o más adelante, el velo de la filosofía ha empezado a quitarse.

Creo fervientemente que el asombro y las respuestas no sólo se les presentan a los eruditos, a los que iluminados por *amor* a la filosofía han saltado a lo profundo del

docente; en fin todos aquellos que intenten separar la filosofía de su hacer. Hacer filosofía es hacer partícipe a los otros.

²¹ Gramsci, A., op, cit., p. 13.

²² “[...] en la relación entre enseñante y aprendiz de filosofía hay tensiones insoslayables, políticas, epistemológicas, estéticas. Es preciso no desconocer esas tensiones para poder pensar, a partir de ellas, un espacio interesante en el que se pueda aprender y enseñar filosofía con la mayor intensidad y libertad posible.” (Kohan, Walter, *Filosofía, la paradoja de aprender y enseñar*, Buenos Aires, Editorial Libros del Zorzal, 2008, p. 12).

²³ “Hay, pues, que volver a la participación activa del alumno en la escuela, qué sólo puede existir si la escuela está ligada a la vida” (Gramsci, A., op, cit., p. 124).

preguntar por el mundo²⁴. Por el contrario el mundo nos pertenece a todos, la historia es la de todos, la existencia es una paradoja en sí misma, cada sujeto puede asombrarse ante ella, y así dar el salto, empezar a filosofar.

²⁴ «Crear una nueva cultura no significa sólo hacer individualmente descubrimientos “originales”; significa también, y especialmente, difundir verdades ya descubiertas, socializarlas, por así decir, convertirlas en base de acciones vitales, en elementos de coordinación y de orden intelectual y moral. Que una masa de hombres sean llevada a pensar coherentemente y en forma unitaria la realidad presente, es un hecho “filosófico” mucho más importante y “original” que el hallazgo, por parte de un “genio” filosófico, de una nueva verdad que sea patrimonio de pequeños grupos de intelectuales.» (Gramsci, A., op. cit., p. 9).

Bibliografía

- Badiou, A., (2007), "La filosofía como repetición creativa", en: *Acontecimiento*, XVII, 33-34.
- Cerletti, A., *La enseñanza de la filosofía como problema filosófico*, Editorial Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2008.
- Cuervo, O., *Kierkegaard: Una introducción*, Editorial Quadrata, Buenos Aires, 2010.
- Giroux, H., "Los profesores como intelectuales transformativos", en: *Los profesores como intelectuales. Hacia una pedagogía crítica del aprendizaje*, Editorial Paidós, Barcelona 1990.
- Gramsci, A., *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 2008
- Gramsci, A., *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 2012.
- Horkheimer, M., "La función social de la filosofía" en: *Teoría crítica*, Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1990.
- Kierkegaard, S., *La enfermedad Mortal*, Editorial Sarpe, Madrid, 1984
- Kohan, W., *Filosofía, la paradoja de aprender y enseñar*, editorial Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2008.
- Obiols, G., *Una introducción a la enseñanza de la filosofía*, Editorial Libros de Zorzal, Buenos Aires, 2008.
- Sartre, Jean, P., *Los caminos de la libertad*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1977.